

EL PADRE COLL Y EL TESTIMONIO DE VIDA

Reflexión sobre el cap. XXIX de la Regla O forma de vivir de las Hermanas

Quisiera hoy invitaros a reflexionar sobre las enseñanzas de nuestro Fundador acerca del valor y la influencia del buen ejemplo o testimonio de vida. Si prestamos atención a lo que con tanto cariño nos dice, tal vez nos ayude a valorar más la dimensión del testimonio, a vivir con más coherencia.

Pero veamos antes lo que nos enseña con su propia vida.

I. EL TESTIMONIO DE SU VIDA

Nadie puede dudar de que la vida del P. Coll fue toda ella un auténtico testimonio evangélico. Es la vida de un profeta, de un testigo de Cristo. Su humildad y pobreza nos admiran. Y ¿qué decir de su obediencia y de su total entrega y conformidad con la voluntad de Dios? Y ¿de su ardiente amor a Dios y a los hombres, que se traducía en un infatigable celo apostólico? Y así se podrían ir enumerando todas las virtudes.

Desde niño hasta los últimos años de su vida, ciego y enfermo, se le consideró como un dechado de virtud. En el noviciado «le ponían por modelo», «le teníamos por un santito», dice el P. Domingo Coma, como puede verse en *Testimonios*¹.

De su vida sacerdotal y misionera son innumerables las citas recogidas también en dicha obra: «Ángel de paz» lo considera D. Isidro Dalmau, sacerdote de Moia, refiriéndose a la labor que «con su ejemplo, predicación, celo por la gloria de Dios y santificación de las almas» realizó en esa parroquia dividida por el odio a raíz del saqueo carlista de 1839 (p. 703). En las visitas ad limina los Obispos lo elogian como misionero laboriosísimo de eximia virtud y ardentísimo celo (pp. 652-654). Unas cien veces se hace alusión a su celo apostólico en *Testimonios*.

Evangeliza no sólo con la palabra sino también con la vida. Vivía lo que predicaba, y bien dicen que no hay fuerza tan invencible como una idea encarnada en la vida. De ahí los frutos de su predicación. Y así, el Obispo de Urgel, Simón Gurdíola, pudo afirmar: «El que hace prodigios es el buen P. Coll (...). Los pueblos, verdaderamente tienen hambre de la divina palabra y cuando encuentran algo que les hable al corazón, se rinden y mudan de vida» (p. 704).

II. EL TESTIMONIO DE VIDA O BUEN EJEMPLO EN SUS ESCRITOS

Encontramos la doctrina del P. Coll sobre este tema en el cap. XXIX de la *Regla o forma de vivir de las Hermanas*, que lleva por título «De la gran obligación que

¹ Vito T. Gómez García O.P. *Francisco Coll. Testimonios* (1812-1931), p.697-698

tienen de dar buen ejemplo y cómo lo darán». Pero con frecuencia se encuentran alusiones en otros capítulos y asimismo en otros escritos.

Sobre las fuentes del capítulo, en sus comienzos bien pudiera estar inspirado en el *Ejercicio de Perfección* del P. Alonso Rodríguez, cap. XIII del Tratado I de la Primera parte, en el que hace referencia a la obligación que tenemos de dar buen ejemplo, aunque después parece ser bastante original. Más patente se ve su influencia en el cap. I, aquí del Tratado I de la Tercera parte, cap. IV, V y VIII. En el cap. V se inspira en el VII de la Monja Santa de S. Alfonso M.^a de Ligorio.

1. De la obligación de dar buen ejemplo

Comienza el P. Coll el cap. XXIX de la *Regla o forma de vivir de las Hermanas* afirmando que «*todos estamos obligados no sólo a dar honor y gloria a Dios nuestro Señor, sino también a hacer que con nuestro buen comportamiento y buen ejemplo, se muevan los prójimos a alabar al Padre celestial*» (p. 279)². Recuerda las palabras de Jesucristo en Mateo 5, 16: «Resplandezca vuestra luz delante de los hombres, de tal modo que viendo vuestras buenas obras glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos». Advierte el P. Coll que no es esto vanagloria, con tal que se tenga la recta intención de glorificar a Dios. Ciertamente Jesús nos ha enseñado a orar, ayunar y dar limosna en secreto, para que sólo el Padre celestial lo sepa y nos dé su recompensa, pero quiere al mismo tiempo que nuestro actuar sea una invitación tácita a obrar el bien. «Resplandezca vuestra luz», vuestra conducta.

Convencido el P. Coll de la influencia y eficacia del ejemplo, para el bien o para el mal, lo primero que nos pide es el testimonio de una vida santa. Con la cita de Pablo a Timoteo 4, 16 comienza el primer capítulo de la *Regla: Attende tibi et doctrinae*, Atiende a ti y a la esperanza. Frase que puede muy bien sintetizar su proyecto fundacional. Sí, para ser santas y evangelizar, para esto nos fundó el P. Coll, idea que expresaba con acierto aquel lema tan divulgado con motivo de la beatificación: «Vivir y anunciar la fe».

Pero antes de anunciar, vivir. Y así dice: «*Para enseñar a otros la humildad se debe ser humilde*» (p. 82). Frases que actualizadas en los años de la beatificación decían: «*Antes de enseñar a orar, ora; antes de hablar de amor, ama*» «*Y la razón es porque los hombres más creen a lo que ven por los ojos, que a lo que oyen por los oídos*» (p. 82).

En la vida comunitaria

Deseoso el P. Coll de la santificación de las Hermanas y consciente de la influencia del ejemplo en las comunidades cuida especialmente este aspecto como puede comprobarse en repetidas ocasiones. Pienso en aquella entrañable frase: «*Todas las*

² Se utiliza la última edición preparada por el P. Vito T. GOMEZ GARCIA: Francisco Coll O.P. Escritos dirigidos a la Congregación de Hermanas Dominicas de la Anunciata. Valencia 1995

virtudes os recomiendo, pero de un modo especial, la caridad, la caridad, la caridad». Ni una sola Dominica de la Anunciata la desconoce. A todas nos resulta familiar. Pero tal vez nos pasa desapercibida su segunda parte, que viene como a explicitar la primera: «*sufríos unas a otras, ayudaos unas a otras con palabras de caridad, y sobre todo con las obras y el buen ejemplo*» (p. 119). Sería conveniente que prestásemos atención a estas últimas palabras: «*sobre todo con las obras y el buen ejemplo*». Excelente ayuda en la vida comunitaria la del buen ejemplo, ayuda que tal vez no valoramos lo suficiente. En el capítulo del examen de conciencia, al hablar del examen particular, precisa el P. Coll que lo primero que se ha de corregir son las faltas exteriores que ofenden y pueden dar mal ejemplo a las Hermanas: «*La razón y la caridad piden que quitéis primero aquellas faltas que suelen ofender y desedificar a vuestras Hermanas*» (p. 228).

Tiene en cuenta todas las situaciones: «*Las Hermanas ancianas deben ser las antorchas para dar luz a la comunidad: las más antiguas deben ser las columnas para sostener la perfecta observancia de las reglas*» (p. 129). Hermosa misión la de las Hermanas mayores, que vale también para las de mediana edad y para cualquiera que lleve unos cuantos años de vida religiosa. Su influencia en las Hermanas jóvenes es grande, porque estas de forma consciente o inconsciente buscan modelos y «*mucho más mueven los ejemplos que las palabras*» (p. 129).

Advierte a la Priora: «*Acuérdate bien la Madre Priora que está puesta sobre el candelero, en donde es observada de todas, y de donde ha de dar a toda la Comunidad la más resplandeciente luz con sus buenas obras*» (p. 185). Refiriéndose a la Maestra de novicias observa que: «*Más se persuade con el ejemplo que con palabras. Cuando la doctrina se funda en buen ejemplo, el efecto es maravilloso*» (p. 196). Incluso a las enfermas les recuerda la ineludible obligación del buen ejemplo: «*Abrazad con paz todas las enfermedades que Dios nuestro Señor os envía si queréis verdaderamente darle gusto a Él, y dar al mismo tiempo buen ejemplo a vuestras Hermanas*» (p. 131).

En la vida apostólica

Con frecuencia el P. Coll hace referencia al testimonio de vida o buen ejemplo en relación con el apostolado: «*Tenéis obligación de vivir santamente, no sólo en cuanto a los actos internos, sino también en cuanto a las acciones exteriores, para que vuestro buen ejemplo enseñe el camino a las niñas y demás que os vean*». Y continúa admirando el bien del ejemplo de una Hermana buena: «*Sí: con su buen ejemplo no sólo planta y edifica virtudes en el noviciado y establecimientos, sino también en el corazón de las tiernas niñas que están bajo su dirección y en todos cuantos la ven*» (p. 280). En el andar, en el hablar (p. 42) y en el vestir «*han de edificar y dar buen ejemplo en todo*» (p. 341). Sería «*el apostolado del buen ejemplo*», del que hace años se hablaba. Ciertamente, «*Fr. ejemplo*» es el mejor predicador.

Para Gandhi la fuerza del testimonio personal es la única capaz de transformar el corazón del hombre. Se necesita como base de la misión apostólica, pero es por sí mismo un apostolado. No sé si estamos convencidas de ello; y es consolador, porque no todas tenemos ocasión de predicar con la palabra, pero sí, con el testimonio de una vida evangélica, coherente con los principios que profesamos. Precisamente a esto hacía referencia el anterior Maestro de la Orden, el recientemente fallecido P. Damián Byrne, en el encuentro de Alcobendas (Madrid) con la Familia Dominicana, en noviembre de 1988.

Insistiendo en la necesidad de vivir el carisma dominicano en la Iglesia de hoy, y que un aspecto esencial del carisma es la predicación, que todos debemos y podemos compartir si no con la palabra, sí con el testimonio de vida, recordó a cuatro peruanos: Martín de Porres, Juan Macías, Rosa de Lima y Sor Ana, que predicaron y anunciaron la Palabra sólo con su testimonio de vida.

2. Daños del mal ejemplo

Tiene el P. Coll palabras muy duras para las Hermanas que dan mal ejemplo o son motivo de escándalo. «*Es incalculable el mal que hace una Hermana que da mal ejemplo*» (p. 281). «*Se daña a sí misma y daña también a las otras con su mal ejemplo*» (p.128). Piensa seguramente en el noviciado que contaba con sesenta novicias cuando esto escribía en 1863: «Sería capaz (...) hacer perder a todo el noviciado y los establecimientos» (p. 281). Sigue lamentando el daño que harían a las pobrecitas niñas que cayesen bajo su dirección. Es para reflexionar, porque, aunque no fuese grave el daño es grande el bien que se deja de hacer llevando una vida mediocre que no sea significativa de los valores del Reino. San Juan Crisóstomo decía: que «no habría ya paganos si los cristianos fuesen cristianos de veras». Podemos recordar también no sin pena la frase de Gandhi: «Acaso yo me hubiera hecho cristiano si los que he conocido lo hubieran sido las veinticuatro horas del día».

3. Cómo dar buen ejemplo

El P. Coll lo resume así: «*Daréis buen ejemplo viviendo conforme a vuestro estado, obedientes, dóciles, mortificadas, observantes de las Reglas, recogidas, humildes, y sobre todo practicando la dulzura con todos*» (p. 282). Sobre todo practicando la **dulzura**. Es curioso. Más de la mitad del capítulo lo dedica a la dulzura, lo que muestra la importancia que le da en el aspecto del testimonio o buen ejemplo.

Parte en sus consideraciones de dos frases de San Francisco de Sales, el santo de temperamento colérico que llegó a ser modelo de dulzura: «*La dulzura es la flor de las virtudes*». «*Nada edifica tanto al prójimo como la dulzura y la amabilidad*» (p. 282). Recomienda a las Superiores «*proceder con toda caridad y dulzura*» en las correcciones, recordando que las heridas deben cuidarse con vino y aceite como hizo el samaritano. Especifica: «*Es menester ser dulce y afable con los Superiores,*

con los inferiores, con los iguales y finalmente con todo el mundo, en todo tiempo y en todo lugar». «Como una rosa entre espinas: aunque las espinas hieran, la rosa jamás deja de ser rosa, es decir, igualmente hermosa, suave y agradable» (p. 284). Ya en el cap. IV, de la caridad fraterna, había amonestado. «En vuestro trato y conversación usad de modales dulces (...) sobre todo con aquellas Hermanas y demás personas de las cuales hayáis recibido alguna ingratitud y desprecio» (p. 117). Lo reafirma aquí: «Cuando nos vemos obligadas a responder a algunos que nos insultan procuremos hacerla con dulzura: una respuesta dulce apaga el furor de la cólera» (p. 284).

Termina el capítulo recomendando que *«debemos también ser dulces con nosotros mismos»* (p. 284-285). Insiste en que irritarse contra uno mismo después de una falta no es humildad sino orgullo y una falta mayor que la primera. Por eso aconseja acudir amorosamente a Dios pidiéndole perdón y ayuda con humildad y confianza. *«Entonces olvidadas de aquel defecto proseguid con toda paz y dulzura el cumplimiento de vuestros deberes». «Así viviréis en paz, amaréis a Dios y daréis buen ejemplo a todos»* (p. 285).

H. Socorro P. Campo-Osorio
Boletín Anunciata n. 308 Mayo 1996 pp. 88-91

“Antes de enseñar a orar ora; antes de hablar de amor, ama”.

“Mucho más mueven los ejemplos que las palabras”.

“Sufríos unas a otras, ayudaos unas a otras con palabras de caridad, y sobre todo con las obras y buen ejemplo”.

“En vuestro trato y conversación usad de modales dulces”.